

## Gabriel García Márquez y José Prudencio Aguilar: título de dignidad al honor guajiro

Víctor Bravo Mendoza<sup>69</sup>  
Escritor y poeta

**A**ntes de brindarle un título de dignidad al honor guajiro, manifestado al pundonor de José Prudencio Aguilar por nuestro Premio Nobel Gabriel García Márquez, en su obra de ficción: *Cien años de soledad*, y en la realidad, en: *Vivir para contarla*, permítaseme dilucidar de forma breve sobre esa palabra casi olvidada en nuestra lengua cotidiana, virgen y viva, como símbolo en el actuar. Honor: «en su origen, la palabra 'honor' (en latín: *honos*) designaba una divinidad que representaba el coraje en la guerra». Y, precisamente, por el coraje, el honor es sentimiento antes que pensamiento. De allí, por ejemplo, nace la fidelidad del honor en la palabra empeñada. También nace la esperanza que encarna la razón y la justicia. Entonces, ¿qué sentimientos afloraron en las almas de Gabriel García Márquez y José Prudencio Aguilar, dos hombres de estirpe guajira, cuando se encontraron por primera vez?, ¿qué fidelidad ofrendaron en su palabra dada?, ¿qué esperanza de razón y justicia encarnaron para sus vidas? Veamos como configura García Márquez, en su memoria una respuesta para tantos interrogantes:

«La realidad se configura sólo en la memoria». Esta frase de Marcel Proust nos remite, precisamente, a las memorias de Gabriel García Márquez: *Vivir para contarla*, donde nuestro Nobel configura la realidad del homenaje que en ficción le rindiera a José Prudencio Aguilar, nombrándolo en *Cien años de soledad*, como Prudencio Aguilar, además de ponerlo en la dignidad de ser rival de José Arcadio Buendía (p. 23). José Prudencio Aguilar, un guajiro como el que más, estaba entre «toda la gente que» un día le presentaran a Gabriel García Márquez, en las correrías que realizara con Rafael Escalona por los pueblos de la provincia de Padilla.

*Estábamos tomando una cerveza helada en la única cantina del pueblo cuando se acercó a nuestra mesa un hombre que parecía un árbol, con polainas de montar y al cinto un revólver de guerra. Rafael Escalona nos presentó, y él se quedó mirándome a los ojos con mi mano en la suya.*

---

69 Nacido en Distracción, La Guajira, Colombia. Director del Taller de escritura creativa "Cantos de Juya -dios de la lluvia-". Renata, La Guajira, Ministerio de Cultura desde 2006. E-mail: vibram2@hotmail.com

*-¿Tiene algo que ver con el coronel Nicolás Márquez? -me preguntó.*

*-Soy su nieto -le dije.*

*-Entonces -dijo él-, su abuelo mató a mi abuelo.*

*Es decir, era el nieto de Medardo Pacheco, el hombre que mi abuelo había matado en franca lid. No me dio tiempo de asustarme, porque lo dijo de un modo muy cálido, como si también ésa fuera una manera de ser parientes. Estuvimos de parranda con él durante tres días y tres noches en su camión de doble fondo, bebiendo brandy caliente y comiendo sancocho de chivo en memoria de los abuelos muertos. Pasaron varios días antes que me confesara la verdad: se había puesto de acuerdo con Escalona para asustarme, pero no tuvo corazón para seguir las bromas de los abuelos muertos. En realidad, se llamaba José Prudencio Aguilar, y era un contrabandista de oficio, derecho y de buen corazón. En homenaje suyo, para no ser menos, bauticé con su nombre al rival que José Arcadio Buendía mató con una lanza en la gallera de Cien años de soledad (Vivir para contarla, p. 499).*

José Prudencio Aguilar debió ser de temperamento afable, abierto y desinteresado. De impulsos nobles y muy alegre. Debía estar inclinado a realizar grandes proyectos, aunque no emprendiera nada de lo que no se sintiera capaz, porque era dueño de sus pasiones y sus deseos. También debió ser un hombre de temple, dueño de un inmenso coraje, de los que obran con la justicia y la razón. Por eso, en aquella lejana ocasión, al conocer al nieto del coronel que había dado muerte a su abuelo, no dejó germinar en su ser la pasión de la venganza. Nadie puede heredar la culpa de una muerte ocurrida «en franca lid». Gabriel García Márquez también fue generoso con José Prudencio Aguilar, inmortalizándolo con su nombre en la realidad escrita de sus memorias. Así son y, sólo de esa manera, obran los hombres generosos (la generosidad le alimenta sus voluntades, su libre albedrío), avivados por el recato y la esperanza que dignifica la vida a través del honor.

## Bibliografía

La enfermedad del honor (1992). Julián Pitt-Rivers, en El honor. Serie morales, Cátedra S. A. Marie Gautheron. Madrid.

Márquez, Gabriel García (1986) Cien años de soledad. Oveja Negra. Bogotá.

----- (2000). Vivir para contarla. Editorial Norma. Bogotá.